

nosotros y ratificar sus profesiones y votos, infórmeme Vuestra Reverencia exactamente de su nombre, patria, edad, capacidad y demás, á fin de que yo pueda resolver lo que delante del Señor juzgue convenir más á cada uno de ellos. Vuestros trabajos no serán por cierto inútiles: y si no por el camino que os proponéis, por otro seguramente serviréis á la Iglesia. Aguardo con ansiedad la contestacion á esta carta: y entretanto con paternal afecto abrazo y estrecho en mi corazon á todos esos carísimos Padres y Hermanos. — GABRIEL GRÜBER, Prepósito General de la Compañía de Jesús.»

Esta carta encendió en todos aquellos Padres un fervor maravilloso. Reuniéronse cuantos pudieron del territorio de Cagliari, y no solo reconocieron al P. Piras como Superior, sino que uno tras otro con inefable delicia de sus almas renovaron en sus manos las profesiones y votos, prontísimos, aunque ya viejos decrepitos y con enfermedades incurables, á abandonar cátedras, beneficios y prebendas y cuanto poseían en el mundo, para sujetarse de nuevo á la obediencia y pobreza religiosa. Veinte y dos fueron, quince Padres y siete Hermanos coadjutores, los que, segun se lee en el catálogo enviado de Rusia, en menos de tres meses se agregaron á la Compañía, y casi todos de la parte meridional de la isla.

No menos prontos y solícitos se mostraron los de la septentrional, ó sea del cabo de Sássari; quienes al tener noticia de la facultad otorgada por el Padre Santo de agregarse á los Padres de Rusia, escribieron cartas apremiantes al P. Piras, suplicándole encarecidamente los aceptase entre los suyos, y muchos de ellos alcanzaron tal gracia, que reputaban por la mayor que pudiera concedérseles.

CAPÍTULO IV

Conducta del Siervo de Dios con los que deseaban entrar en la Compañía y con los ex-jesuítas deseosos de retirarse al noviciado. — Son destinados á Rusia dos novicios de Colorno. — Consejos que les da el P. Pignatelli. — Á uno le vaticina sucesos futuros de su vida. — Varias predicciones del Siervo de Dios. — Los viajeros de Colorno y el embajador de Rusia en Viena. — Conjúrase un grave peligro de la Compañía. — Aprueba el P. Kareu el espíritu y el gobierno del Venerable. — Una calumnia contra el Siervo de Dios y su paciencia. — Salvacion eterna de los fallecidos en el hospital de Colorno. — Caridad del Padre con algunos enfermos de alma y cuerpo.

1801 — 1802

Aunque el noviciado de Colorno tenía un carácter privado, y segun exigían las calamitosas circunstancias de los tiempos procuraba el P. Pignatelli evitar toda demostracion que pudiera hacer entrar á los enemigos de la Compañía en sospechas de lo que era realmente aquel convictorio, que en nada parecía diferenciarse de los demás; sin embargo eran relativamente muchos los que conocían su verdadero objeto, y no pocos los que deseaban recogerse á formar parte de aquella fervorosa comunidad. De estos, unos eran antiguos ex-jesuítas, otros jóvenes seculares que se sentían llamados á la Compañía. El noviciado se había abierto principalmente para reclutar elemento joven, que reem-

plazase á los antiguos jesuitas, que una muerte no lejána había de hacer desaparecer.

En admitir á los nuevos candidatos se mostraba fácil el Padre José, á pesar de su pobreza y de la estrechez del local; pero exigía de ellos que tuviesen exacto conocimiento de la nueva vida que deseaban abrazar, de las dificultades que tendrían que vencer y de la elevada perfección á que debían aspirar. Si se sentían con aliento para tan ardua empresa, admitíalos gustoso; y cerrábales las puertas, si los veía pusilánimes y sin vigor. Buen testimonio de esta verdad será una carta, que por este tiempo escribió á un sacerdote que deseaba entrar en la Compañía¹. En ella le dice así:

«Amadísimo Señor Don Domingo Venturi, Padua. — La muy juiciosa carta de V. y la respetable autoridad de los Sres. Mozzi y Perocci desvanecen por completo toda sospecha de liviandad, que, según parece, recela V. se ha de oponer á su solicitud. Con todo no tome V. á mal, mi amadísimo Don Domingo, le ruegue también yo que haga el más riguroso exámen acerca de la naturaleza de la obligación que pretende contraer.»

«El método de vida no ofrece en lo de fuera rigor particular; pero bien considerado, se halla ser más austero de lo que á primera vista indicaba. Ultra de los vínculos comunes á todas las órdenes religiosas, el no tener este género de milicia (esto es, la Compañía) ni cuartel ni guarnición estable, sino tener que moverse como y cuando y adonde se le ordena, en atención al mayor y mejor servicio del Señor; la puntual observancia de la Ordenanza; la absoluta igualdad en lo que toca al rancho, al uniforme, al cuartel, entre el recluta de hoy y el veterano, entre la oficialidad y el simple soldado; los trabajos, angustias y tribulaciones espirituales y corporales á que su oficio le sujeta, de lo

¹ El original de esta carta y de otras tres del Siervo de Dios al Padre Venturi se halla en el archivo de la Residencia que los Padres sicilianos tienen en Syros (Grecia). Debo una copia de ellas á la caridad del P. Alberto Amico, Provincial de Sicilia.

cual, amigo mío, en la actualidad ve V. palpables ejemplos, y puede estar seguro que jamás le faltarán otros análogos, puesto que ni aun en los tiempos de su mayor prosperidad le faltaron; todo esto hace este negocio digno de gran consideración.»

«Si á pesar de esto, V. después de haberlo visto y considerado todo, confiado en la divina gracia, se halla firme y resuelto; en vista de la graciosa licencia de S. E. Revma., siempre y cuando S. E. Revma., superior y dueño de V. no menos que mío, le otorgue su santa bendición, puede venirse á este pobre convictorio, con la seguridad que será recibido con los brazos abiertos por este su servidor y sincero amigo, y con la más cordial y franca acogida por todos los sujetos que habitan en este pequeño tugurio. No le espante, carísimo amigo, este nombre: tal es como le digo; pero por la divina misericordia es mansión de paz y de tranquilidad.»

«Y V., amadísimo Sr. D. Domingo, encomiéndeme al Señor, y hónreme con sus órdenes, y créame que me tendré siempre por dichoso en ser y mostrarme de V., queridísimo D. Domingo, — Afectísimo y muy obligado servidor y amigo — JOSÉ PIGNATELLI. — Colorno, 21 de Setiembre de 1801.»

Con los Padres que sobrevivían á la extinción, se excusaba con lo reducido del local y los remitía á mejores tiempos, que esperaba no tardarían en llegar. Véase en la carta siguiente á un Padre residente en Roma cómo se expresa sobre este particular.

«Colorno, 1 de Setiembre 1801. — Amado amigo. Por el de España recibí anteayer la de nuestro D. Domingo Esparza¹; y hoy por el ordinario la de V. del 22, en que de ella me avisa. Incluyo á V. la respuesta que podrá incluirle. Nada me habla de venirse por acá: todo vasa sobre otra dependencia. Fue mi conovicio; y conservándose cual V. me dice y con tales deseos, lo hubiera podido proponer para el convicto del Borgo San Dominio, adonde vendrá de ahí un Barranca², que V. conocerá.»

¹ Vivía en Civitavecchia.

² P. Juan Bautista, natural de Castellon del Duque en el reino de

«Aquí está mi *casuchia*: es tal, que no presta un recovijo: á no ser tal, acogiera con mil amores los hermanos que lo desearan. Demos tiempo al tiempo, y dejemos obrar á quien todo lo manda y todo lo puede.»

«Entretanto celebro que se halle V. tan bien situado, y D.^a Jacinta tan guapa. Dios la conserve: dígala V. mis obsequios y respetos, como á D. Clemente y Leonida. De nuevo no supiera á V. qué decirle; que ando en una semi-Tebaida, y no me pesa. Cuatro sacerdotes, dos entre ellos de esta casa, emprendieron su derrotero á Plozco [ó Polotsk], donde los quiso aviar mi Viejo¹. Encomiéndelos al Señor, sin olvidarme á mí y compañeros. No hay lugar á más. — Tuus = J. PIGNATELLI².»

De otra mano se halla escrita en el mismo papel una esquila, que dice así: «Roma, 12 de Setiembre. Esta es la carta que me envía D. Josef; y de ella infiero, que el asunto de que V. le ha escrito, no era el que yo me había figurado, esto es, de ir V. allá. Le incluyo la respuesta de él á V. He corregido en la mía algunas letras tan mal formadas de D. Josef, que apenas podían leerse. Esta correccion podrá servir para la inteligencia de la inclusa, si estuviere tan mal escrita como esta. Deseo saber si González ha recibido ya su carta; pues no puedo instar aquí sin haber tenido ántes noticias de haberla ó no recibido ahí. Vale. Tuus. C.³.»

Valencia: nació en 1.^o de Enero de 1744; entró en la Compañía en 27 de Setiembre de 1761; hizo la profesion en 2 de Febrero de 1815 y murió en Valencia en 1821.

¹ En la carta se lee la siguiente nota: «El viejo, de quien habla don Josef al fin de esta carta, es Panizzoni, que es el que dirige estos intereses. D.^a Jacinta es la señora de esta casa, que estuvo enferma; y los otros (esto es, Clemente y Leonida) son sus hijos.»

² Esta carta se halló por casualidad en un libro de la biblioteca de los Padres de Valencia enviado á Gandía.

³ Inicial, segun entiendo, de Carchano (P. Francisco), natural de Gorga en la provincia de Alicante: nació el 18 de Marzo de 1747; entró en la Compañía el 3 de Marzo de 1760, á los trece años menos quince días de su edad; hizo la profesion en 15 de Agosto de 1816, y murió en Manresa el 24 de Agosto de 1831. El P. Joaquin Carchano, Superior de

Dice en su carta el Siervo de Dios que acababan de emprender su derrotero para Rusia dos sacerdotes del noviciado de Colorno. Eran estos dos de los primeros novicios, que aquí se admitieron, y pasaban á Polotsk para hacer allí los votos, y perfeccionar sus estudios. Sus nombres eran Juan Antonio Grassi y Antonio Soranzo. Al despedirlos entrególes el P. Pignatelli una carta para el P. Vicario Kareu, en la cual con sencillez y humildad de novicio le daba menuda cuenta de su espíritu, de los deseos que tenía de trabajar en bien y aumento de la renaciente Compañía, de su método en la formacion de los novicios, y de su manera de gobernar la casa de Colorno, suplicándole encarecidamente se dignase corregirle en lo que anduviera desacertado y sancionar con su aprobacion si algo había que la mereciese.

Entre los varios avisos que dio á estos dos Padres, merece especial atencion uno que descubre la gran prudencia del Padre José. Los jóvenes religiosos, al salir del retiro del noviciado, fácilmente condenan por relajacion ó abuso todo lo que no se ajusta con la estrechez y costumbres de la casa de donde salen. Parece que en la frigidísima region á la cual eran enviados estos jóvenes, se acostumbraba tomar una bebida fuerte al principio de la comida, con el fin de dar calor al estómago, para que pudiese recibir los alimentos.

Previó el Padre, que esto podía causar escándalo á sus novicios; y los preparó para que no lo recibiesen. Así lo testifica el P. Grassi: «Diome,» dice¹, «muy prudentes avisos: y entre ellos que me procurase adaptar á los usos de aquella Provincia Rusa, y en particular al de tomar la copita de aguardiente, que se acostumbra dar ántes de la comida. Y me hizo observar, que cuando en una comunidad regular se ha introducido un uso, no se ha introducido sin buenas razones.» Hasta aquí el P. Grassi.

Gandía, de cuyo abuelo paterno fue hermano el P. Francisco, es el que me dio noticia de la carta del Siervo de Dios.

¹ *Process. Rom.*, fol. 945.

Al mismo Padre predijo en estos últimos instantes su vuelta á Italia. Refería muchos años después dicho P. Grassi, que cuando le despidió el P. Pignatelli para Rusia, al darle la bendición, se dirigió á él con plácido semblante, y le dijo lleno de dulzura: «Ahora os vais lejos de nosotros; pero acordaos de lo que os digo, que á su tiempo habéis de volver á Italia á servir con vuestros trabajos á la Compañía ya restaurada.»

La verdad de estas palabras demostraronla los hechos. Fue á Rusia, y al cabo de algunos años recibió una destinacion de los Superiores, que parecía quitarle toda esperanza de volver á Italia; pues habiendo ido á San Petersburgo en el año 1804, recibió orden de prepararse para la mision de Astracan, que á pocos días se le conmutó con la de la China, de donde algunos Padres que vivían aún y eran de los antiguos, habían pedido un refuerzo de operarios que los ayudasen á trabajar en Pekin. Emprendió, pues, su viaje, y atravesando la Suecia y costeando la Noruega y Dinamarca, pasó á Inglaterra, y de allí, por no haber medio de pasar á la China, fue á Portugal, y estuvo unos dos años en Lisboa, esperando siempre inútilmente el pasaje de la India.

Desde Portugal navegó de nuevo para Inglaterra, después pasó á Irlanda, y cuando estaba ya para volver á Rusia y desde allí entrar en China por tierra, finalmente al cabo de seis años de idas y venidas, á 3 de Agosto de 1810 zarpó para América del norte, donde se empleó con mucha utilidad de sus prójimos y gloria de Dios viviendo en los Estados Unidos bastantes años.

Estando allí, el día 9 de Diciembre de 1814 recibió con indecible consuelo de su alma la Bula *Sollicitudo*, con la que el Sumo Pontífice Pío VII restableció la Compañía de Jesús en toda la Iglesia. Por último enviado á Europa en 1817 para tratar los negocios de aquella mision, pasó á Italia, donde fue definitivamente detenido, y trabajó hasta su muerte, ocupado casi siempre en cargos de gobierno con gran provecho de la Compañía.

«Referíame él mismo,» añade el P. Boero, «que en tantos y tan largos viajes de mar y tierra fueron muchos y muy graves los peligros y padecimientos con que tuvo que luchar; furiosos

vientos, embravecidas tormentas, escollos y bancos de arena, montañas de hielo que embestían al buque, pasajes de ríos rápidos y peligrosos, despeñaderos y precipicios horribles, encuentros con asesinos y corsarios, y á más de todo esto enfermedades de muerte, declaradas incurables por los médicos; y sin embargo, en medio de tantas vicisitudes y de riesgos tan inminentes, teniendo clavadas en el ánimo las palabras oídas del P. Pignatelli al salir para Rusia, no sintió jamás ni ligera turbacion ó temor de perder la vida, segurísimo de volver á Italia y de que se realizaría la prediccion de su maestro.

Testifica el mismo P. Grassi que todo lo que le profetizó al despedirle para Rusia, lo dijo sabiendo que los médicos le habían declarado tísico incurable. También dejó memoria de otro hecho, que voy á referir con sus mismas palabras: Dice así: «El P. Pignatelli, siendo yo novicio y recién ordenado sacerdote, me condujo al real Palacio de Parma para presentarme al Sr. Obispo Diosdado Turchi; y hallándole ocupado en rezar el oficio divino, «Vamos,» dice, «á la iglesia á visitar el Santísimo Sacramento, y luego volveremos.» Mientras estábamos allí y el Siervo de Dios oraba con gran recogimiento y devocion delante del altar mayor, entró en el templo un entierro con el cadáver de una jóven.»

«Es de saber, que aquel mismo día el Padre había recibido de Bolonia la noticia de la muerte del Hermano coadjutor Fernando Gutiérrez, y había dado orden á los novicios de que al día siguiente aplicasen la comunión por el alma del difunto. Pues al llegar la noche, me llamó aparte, y me dijo estas precisas palabras: «No apliquéis mañana la misa por el Hermano Fernando, que no la necesita, y sí por aquella difunta, que hemos visto en la iglesia, porque tiene suma necesidad; y dicho esto calló.» Hasta aquí el P. Grassi.

Que estuviere el P. José dotado por Dios ya en este tiempo del don de conocer las cosas naturalmente imposibles de saber, demuéstranlo, además de lo dicho, otra gran multitud de predicciones, de las cuales referiré algunas de las más ciertas.

Fue á Colorno con ánimo de entrar en la Compañía José de los Condes Baldi, jóven boloñés, de treinta años de edad, de ilustre, pero arruinada, familia¹: y mientras estaba aún cumpliendo la que llamamos «primera probacion,» esto es, en los primeros quince días de su estancia en Colorno, recibió la noticia de que su padre se hallaba gravemente enfermo; la cual produjo, como era natural, en su alma un afecto de viva y tierna compasion hacia sus hermanas, que con la muerte del padre iban á quedar abandonadas y casi por puertas. Todo se lo refirió al P. Pignatelli, rogándole que le dejase volver á su patria para asistir á su padre y arreglar las cosas de la casa; pero el Siervo de Dios se lo disuadió, diciéndole que no faltaría en Bolonia quien hiciera sus veces, y que estuviere tranquilo.

No se calmó el jóven, y obtenida licencia del P. Provincial, Luis Panizzoni, para ir á Bolonia, se presentó á despedirse del P. Pignatelli, y prometióle que cuanto ántes pudiese, estaria de vuelta. Entonces el Padre con voz y actitud de compasion le dice: «Id enhorabuena á Bolonia, ya que así lo queréis; pero sabed que os habéis abierto el precipicio á los pies. No veréis más á vuestro padre; vuestros negocios domésticos irán de mal en peor, perderéis la gracia de la vocacion, y no volveréis acá.» Todo se cumplió á la letra; pues ántes de llegar á Bolonia, su padre era difunto; y él en lugar de dar buen sesgo á los asuntos, acabó de arruinar en breve la casa, y se inició para él una serie de miserias y contratiempos.

Á otro jóven, llamado Juan Belletti, natural de Plasencia, que por demasiado apego á su madre volvió las espaldas á Dios, acompañándole hasta la puerta el P. Pignatelli, le dijo al despedirle: «¡Ay, hijo mío! No sé cuánto tiempo gozaréis de la compañía de vuestra madre.» Murió esta á los pocos meses: volvió en sí el jóven al ver la prediccion de su maestro, y pidió ser nuevamente admitido; mas no pudo alcanzarlo, porque murió al poco tiempo. Así lo depone el H. José Grassi, cuyo compañero

¹ *Process. Rom.*, fol. 276, b).

era Belletti: este dio parte de todo lo ocurrido y de su tardío arrepentimiento al H. Florencio Grassi, quien lo refirió á su hermano carnal, José, una vez que le visitó¹.

Había enviado á Parma un novicio coadjutor para que sirviese de cocinero á los Padres del colegio de San Roque; mas á poco le tentó el demonio con tan violento hastío de la vida religiosa, que le hizo pensar seriamente en volverse al mundo. Mientras que estaba meditando la manera de ponerlo por obra, llegó el P. Pignatelli; y yendo á buscarle en la cocina, le dijo: «¿Qué tenéis, hijo mío, que estáis tan triste? ¿No estáis contento en Parma? Pues yo os llevaré de nuevo á Colorno, porque tenéis que ser de la Compañía.»

Al concluir el noviciado, comenzó los ejercicios que suelen preceder á los votos religiosos; pero seguía la repugnancia; y lo peor era, que le faltaba valor para descubrirla. Llamóle en esto el P. Pignatelli, y sin preambulo le habló así: «Con que ¿no queréis hacer los votos? ¿tenéis gran repugnancia á consagraros perpetuamente al servicio de Dios?.....» y además de penetrarle el corazon, previendo lo porvenir, añadió: «Pues á pesar de eso seréis de la Compañía, y vos mismo pediréis con instancia hacer los santos votos.»

Al verse descubierto, se contuvo por entonces; pero disuelta casi la Compañía en los estados de Parma, durante la ausencia del P. José en Nápoles, cediendo á la tentacion, se volvió á su casa. Supo á poco tiempo haberse la Compañía restablecido en las Dos Sicilias con autoridad apostólica; y se horrorizó tanto de sí mismo, que no pudiendo soportar el aguijon de la conciencia, corrió á Nápoles, y echándose á los pies del P. Pignatelli, le suplicó que le admitiese en la religion de nuevo. Aceptóle el buen Padre como á hijo extraviado que volvía á su seno; y probada con prolijas experiencias su constancia, le otorgó en el año 1806 la deseada facultad de hacer los votos.

Un Padre, llamado Nicolas Grassi, testificó que recordaba

¹ *Process. Rom.*, fol. 276.